

LA DIPLOMACIA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XVI

Miguel Ángel OCHOA BROWN
Embajador de España

Las edades de la Diplomacia

La Diplomacia europea ha conocido en el curso de su historia dos edades especialmente ricas y fructíferas: el período de los siglos xv-xvi (la Diplomacia renacentista) y el del siglo xviii (la Diplomacia ilustrada). En el primero de ellos se instauró el sistema de las embajadas permanentes, que sucedía a la itinerancia propia de la Antigüedad y del Medioevo; en el segundo la función diplomática comenzó a profesionalizarse. Tanto la permanencia como la profesionalidad son características de la Diplomacia de nuestros días. Así, los inventos y los modos, tanto los del inicio de la Diplomacia moderna (siglo xv) como los de la llamada Diplomacia clásica (siglo xviii), los han pervivido hasta nuestros días dando forma al privilegiado instrumento de la relación entre Estados que es la Diplomacia.

El hecho de que, precisamente en el momento de la eclosión de la Diplomacia moderna, España hubiese acabado de alcanzar la unidad peninsular primero (con los Reyes Católicos) y el predominio europeo después (con los Austrias), había de tener comprensiblemente también eco en el propio ejercicio de la Diplomacia española y en sus logros en el proceso de expansión internacional.

El siglo xvi, tan decisivo en el curso de la historia de España, resulta especialmente significativo también en el campo de la historia de la Diplomacia.

Probablemente el principal acaecimiento de toda la historia de la Diplomacia, desde sus remotos orígenes en la Antigüedad hasta hoy, haya sido la transformación de las embajadas de itinerantes en residentes (*ratione locorum*) y de ocasionales en permanentes (*ratione temporis*). Las embajadas, que habían sido durante milenios un camino y una circunstancia, se convirtieron en la Europa moderna en una residencia y en una continuidad. Los embajadores pasaron a residir por largo tiempo en las Cortes a que habían sido destinados.

El cambio entrañó una radical transformación en los usos de las relaciones internacionales y se tradujo obviamente en una mayor eficacia de la función diplomática. El origen de esa trascendental mutación se halla en la Italia del Renacimiento (1).

(1) La bibliografía que ilustra este fenómeno es abundantísima. A modo de indicación, véase MATTINGLY, Garret: «The First Resident Embassies», *Speculum*, XII (1937), pp. 428 y ss., y *Renaissance Diplomacy* (trad. española *La Diplomacia del Renacimiento*), 1970, cap. V. RENOUVIN, Pierre I. (dir.): *Historia de las relaciones internacionales*, especialmente la parte a cargo de Gaston Seller; OCHOA BROWN, Miguel Ángel: *Historia de la Diplomacia española*, Madrid, 1995, vol. IV, pp. 19 y ss.

En torno a 1500 la Diplomacia se convierte así en un formidable instrumento del Estado moderno.

Las etapas del siglo XVI español

Un siglo tan fecundo en sucesos y tan pletórico de expansiones en la historia de España requiere una periodización muy clara que responda a las etapas de los sucesivos reinados:

— De 1500 a 1516 perdura la época marcada por el gobierno de los Reyes Católicos. Muerta Doña Isabel en 1504, el reinado de su esposo, Don Fernando, se extiende hasta su fallecimiento en 1516 (en los Estados de la Corona de Aragón como rey privativo, en Castilla y León como regente en nombre de su hija Doña Juana, salvo el efímero paréntesis de gobierno de ésta con su marido Don Felipe I el Hermoso).

— Desde 1516 a 1556 se extiende el prolífico reinado de Carlos I (Carlos V como emperador romano-germánico).

— Desde 1556 a 1598 (concluyendo así el siglo) se desarrolla el reinado de Felipe II, no menos importante para la historia española que el de su padre.

A lo largo de esos tres períodos que conforman el siglo XVI español, la Diplomacia fue un peculiar instrumento político de suma importancia en el desarrollo de la política exterior (2).

En el curso de esas épocas, la Diplomacia española del siglo se valió de tres elementos para devenir en ese valioso instrumento del Estado. El primero fue el citado inicio del uso de las embajadas permanentes y residentes. El segundo, la casi simultánea aparición del Estado moderno, con sus peculiares caracteres de fortaleza interior y proyección exterior. El tercero, el coincidente apogeo a que condujeron la unificación de España y el enorme ámbito a que se extendió seguidamente la soberanía española en la época de su predominio.

El comienzo del despliegue de esos elementos corresponde al tiempo de los Reyes Católicos y fue pronto visible en Europa, donde, con la España fuerte, unificada y expansiva, aparecía un nuevo protagonista de las relaciones internacionales. En 1510, un humanista hispanonapolitano, *il Galateo*, profecía la profética sentencia «Hispani, venere tempora vestra»; la España unida a la vista de Europa prometía una preponderancia que efectivamente se cumplió, como sus ya vastos confines (la península ibérica, el sur de Italia, el norte de África, las Indias) anunciaban, incrementados luego bajo los Austrias de modo espectacular.

(2) Para la Diplomacia del siglo XVI, véase: OCHOA BROWN, Miguel Ángel: *Historia de la Diplomacia española*, vols. IV, V y VI. Madrid, 1995, 1999, 2000. Corresponden respectivamente a los reinados de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II. También, DOUSSINAGUE, José María: *Política exterior de España en el siglo XVI*. Madrid, 1949.

La Diplomacia de Fernando el Católico

Ya se ha señalado antes que el gran hallazgo que permitió el desarrollo o la eclosión de la Diplomacia moderna europea fue la invención de las embajadas permanentes y residentes; también se apuntó que el origen de estas embajadas se halla en las Cortes italianas de mediados del siglo xv.

Ahora es el momento de añadir un hecho relevante. Fuera de Italia, es decir, en los reinos europeos, el primer monarca en introducir el nuevo sistema fue Fernando el Católico, durante su brillante y fértil política exterior. Los hechos históricos tienen sus bases, sus precedentes, sus evoluciones, sus sustratos... Pero su realización, y frecuentemente su ideación, son algo propio de hombres, de individuos. Aquí, la significación del monarca es decisiva.

La encomiástica literatura política lo elevó a altísimos niveles de sabiduría, prudencia y arte de gobernar. Se convirtió en un paradigma. «Opongo un Rey —escribió su gran panegirista Gracián— a todos los pasados; propongo un Rey a todos los venideros; Don Fernando el Católico, aquel gran maestro del arte de reinar, el oráculo mayor de la razón de Estado» (3). En el Barroco, tratadistas como Quevedo, Saavedra Fajardo, Vera o Zúñiga celebraron su inteligencia política. Pero tampoco el siglo ilustrado le regateó alabanzas. Feijoo proclamó: «En Fernando vemos el más consumado y perito en el arte de reinar que se conoció en aquel y en otros siglos, y a quien reputan comúnmente por el gran maestro de la política». Su fama como político prudente y hábil y consumado perito en las relaciones exteriores autorizó a tenerlo por «maestro de Diplomacia». Pero, incluso cribando escrupulosamente los diti-rambos, un hecho permanece indiscutible: Fernando el Católico fue el fundador de la Diplomacia moderna española y el pionero de la europea.

Ese carácter de fundador está vinculado precisamente a su temprano empleo de las embajadas permanentes. En otros lugares acuñé la expresión «embajadas incunables» para designar aquellas que, como los libros impresos, procedieran de antes de 1500. Son muchas, casi todas, las embajadas españolas que brotaron de la mano de Don Fernando en las dos últimas décadas del siglo xv. Fue la primera la acreditada ante la Santa Sede (Gonzalo de Beteta, en 1482, pero acaso el título de precursor pueda arrebatárselo el obispo Gonzalo Fernández de Heredia, ya representante desde 1475); siguió la embajada en Londres, a cargo de Rodrigo González de Puebla, (4) desde 1487. Luego, en la década de 1491 a 1500, fueron acreditados emisarios ya con el carácter de embajadores en el Imperio (Juan Rodríguez de Fonseca y Francisco de Rojas, en 1493), en los Países Bajos (Rojas, en 1493), en Francia (probablemente ya Alonso de Silva, en 1494 y 1498, y desde luego Miguel Juan Gralla, en 1499), en Venecia (Lorenzo Suárez de Figueroa, en 1494), en Génova (Juan Manuel, en 1495), en Portugal (Alonso de Silva, por los mismos años) y en Navarra (Pedro de Hontañón, en 1493).

(3) GRACIÁN, Baltasar: *El Político*.

(4) El «Rudericus Gundisalvi» citado en las fuentes europeas.

Ya en el siglo XVI seguirían el mismo proceso de acreditación duradera las embajadas de Fernando el Católico en Milán (Diego del Águila, en 1513) y Saboya (Pedro de Urrea, en 1509). El monarca llegó incluso a enviar un agente con visos de permanencia a los Cantones Suizos (Lope de Soria, luego distinguido embajador de Carlos V).

La pericia diplomática de Don Fernando se comprueba en la acertada selección de personas. No puede negársele su éxito como catador de servidores. Tal acaeció en la Diplomacia. Le sirvieron hombres capaces, fieles, como fueron los citados Francisco de Rojas en el Imperio y en Roma; Jerónimo de Vich en Roma; Luis Carroz de Vilaragut o Bernardino de Mesa en Inglaterra; Jaime de Conchillos y Pedro de Urrea en el Imperio; Jerónimo de Cavanilles en Francia, o Gutierre Gómez de Fuensalida en el Imperio y en Inglaterra. Una curiosidad fue el mencionado Puebla, hombre atrabiliario y cicatero (vivía en una sórdida pensión londinense, tachada de mala nota), pero al que, por su indudable eficacia, Don Fernando mantuvo nada menos que cerca de veinte años. Otra fue Don Juan Manuel, en quien falló la perspicacia del monarca, a quien fue manifiestamente desleal en la controversia con Felipe el Hermoso.

La capacidad de elección de personas para la función exterior no se agota en las embajadas. En su inmediato entorno creó Don Fernando una secretaría que no sin razón ha sido tenida por embrión y precedente del Ministerio de Estado; en ella sirvieron, al lado del monarca, hombres tan fieles y capaces como Miguel Pérez de Almazán y Pedro de Quintana. Este último también ejerció como embajador en el extranjero.

Se ha aludido a la lealtad. Es un denominador común de una pléyade de embajadores de Don Fernando de diversa procedencia (castellanos, andaluces, aragoneses, levantinos, cántabros, gallegos, también italianos...) distribuidos por toda Europa. El Rey contó con la fidelidad de sus representantes, que le sirvieron en circunstancias prósperas y adversas, en dispares ambientes, ante Cortes propicias y hostiles, en las que fueron favorablemente acogidos o de las que resultaron ignominiosamente expulsados, con remuneraciones insuficientes o tardías, víctimas de las intemperancias de los demás monarcas y a veces de las duras recriminaciones del propio. Don Fernando no escatimó elogios, pero tampoco reprimendas si se terciaba. Salvo la citada excepción de Don Juan Manuel, los hombres de la Diplomacia fernandina fueron un paradigma de fidelidad en sus sentimientos y de eficacia en su labor.

De la mano de Don Fernando, de esa Diplomacia incunable surgió, pues, la Diplomacia española del siglo XVI. Los años iniciales del siglo y las subsiguientes regencias fueron especialmente fructíferas en materia de política exterior. Conocieron los grandes éxitos iniciales de la centuria: Nápoles, en 1503; Navarra, en 1512, la hábil política italiana, las bases del Imperio español.

Porque es indudable que, para entonces, en el ideario de Fernando el Católico y en el modo en que aquél se plasma ya están trazados los caminos de la ulterior política exterior de España.

¿Ideario premeditado? ¿Adecuación inteligente a las posibilidades del momento? Juan Pérez de Guzmán y Gallo (5) se atrevió una vez a hablar de «dogmas» de la política exterior de Don Fernando. Sea de ello lo que fuere, es indudable la existencia de determinados objetivos constantes en la política internacional del monarca: la rivalidad con Francia, no buscada, pero presente desde los enfrentamientos propiciados por las ambiciones de Carlos VIII en Italia; la alianza con la Casa de Austria, que mediante los enlaces matrimoniales habría de dar un tan enorme resultado; la amistad con Inglaterra, fundada en enlaces menos afortunados, pero que, en el pensamiento del monarca, cerraría el deseado vínculo político de una «alianza hispano-germano-inglesa» (6); la seguridad de la Italia meridional e insular y del Mediterráneo occidental; el entendimiento con Portugal (el pacífico reparto del Océano), y la garantía del apoyo del Papado en lo político (Nápoles, la estabilidad italiana, las bulas ultramarinas), en lo religioso (reforma de la Iglesia española) y en empresas donde se solapaban lo uno y lo otro (la cruzada contra los infieles).

Si de un dogma pudiera hablarse, machaconamente repetido en sus instrucciones a los embajadores propios, acaso éste fuera la idea de la paz en Europa para poder emprender la cruzada contra el enemigo común: «Paz entre cristianos y lucha contra infieles» fue su lema favorito y más repetido. «Yo deseo — escribió una vez explícitamente a su embajador en Roma, Jerónimo de Vich — la paz de la cristiandad con seguridad de los estados» (7).

Todo ello trajo consigo, tras un reinado enormemente productivo, la consumación de España, pero también —y ello es fruto de la obra diplomática— el excepcional protagonismo exterior, los éxitos internacionales y la defensa de los territorios. Bien pudo hablar el monarca de su labor bien hecha en España: «esta heredad que yo he hecho con mis manos», como escribió al embajador Rojas. La España que dejó era fruto a la vez de la herencia y de sus manos.

La Diplomacia de Carlos V

Lo que no podría haber imaginado el Galateo cuando predecía los futuros tiempos que esperaban a los españoles era el reinado de Carlos V, la asombrosa vastedad de sus dominios y su poderío universal. Fernando el Católico sí los imaginó, y los prefiguró en sus memorables cartas a su consuegro, Maximiliano, en las que aludía a la herencia total para el nieto de ambos, Carlos.

Entre los elementos en que consistió la herencia que Don Fernando legó a Carlos se hallaba la Diplomacia española. Carlos se encontró al comienzo de su reinado con una extensa red de embajadas permanentes que representaban a España en toda Europa: la Santa Sede, el Imperio, los Países Bajos, Francia,

(5) PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO, Juan: *Dogmas fundamentales y permanentes de la política exterior de España, establecidos por Fernando V de Aragón [sic] al constituir la unidad de la monarquía española*. RAH, Madrid, 1906.

(6) Así la define José María Doussinague en sus obras sobre la política internacional de Don Fernando.

(7) A 12 de marzo de 1511.

Inglaterra, Portugal, Venecia, Génova, Saboya y Suiza. Las más de esas embajadas contaban ya, como se ha dicho, con un decenio al menos de permanente residencia. Debe decirse que también de su otro abuelo, Maximiliano, heredó Don Carlos un no desdeñable servicio exterior, con embajadas acreditadas en varias Cortes importantes. Algunas de las embajadas imperiales, como las de Roma o Francia, podían figurar entre las pioneras de la Diplomacia permanente.

Puede afirmarse, pues, que la Diplomacia de Carlos V bebió de las fuentes de los servicios exteriores de sus predecesores: tal fue la Diplomacia heredada de Borgoña de su tía Margarita, su preceptora de los años juveniles, que le transmitió un plantel de personas muy avezadas en las tareas internacionales que acompañaron a Don Carlos en sus primeros tiempos: Adriano de Utrecht, Guillermo de Croy, Jean Le Sauvage, Charles de Poupet, Jan Hannrt, Jean L'Allemand y tantos otros; ellos pusieron al servicio del joven monarca una experiencia de gobierno y de Diplomacia enraizada en la tradición de la Corte de Borgoña, que había desempeñado un papel altamente relevante en las relaciones europeas del siglo precedente. Muy útil fue también a Don Carlos por entonces, en los años de la aspiración a la elección imperial, el servicio de los hombres de su abuelo Maximiliano: el canciller Serntheim, los cardenales Lang y Schinner o el señor de Zevenberghe. Avezados diplomáticos de Maximiliano tras pasados al servicio de su nieto fueron el conde de Herberstein, el flamenco Filiberto Naturelli, el italiano Andrea del Burgo, el humanista austriaco Cuspinian y el alemán Renner. Aun mayor fue la herencia diplomática española proveniente de Fernando el Católico; estos embajadores aportaron a Don Carlos la maestría que, en política exterior, había presidido las grandes proezas de su inteligente abuelo aragonés. Varios de ellos fueron simplemente confirmados en sus puestos por Don Carlos (así, Jerónimo de Vich o Luis Carroz, en Roma, o Bernardino de Mesa en Londres), mientras que a otros los destinó luego a nuevos y diversos servicios; tal es el caso de Lope de Soria, listo y fiel navarro que condujo buena parte de la política de Carlos V en el norte de Italia.

En las décadas de plenitud de la política internacional de Carlos V, representaban al Emperador en las Cortes europeas hombres procedentes de todos los territorios de sus vastísimos dominios: españoles como Don Juan Manuel, Diego Hurtado de Mendoza, el conde de Aguilar o Juan de Vega; flamencos como Guillaume de Pleine, Luis de Praet, Antoine de Perrenot, Bonvalot, Marnoy, Saint-Mauris o Simon Renard; alemanes como Prantner, Renner, Seld, e italianos como Spinelli, Castaldo, Muscetula y, ante todo, el insigne hombre de Estado que fue el fiel Ferrante Gonzaga, quien desempeñó una embajada ante Inglaterra.

Otros recorrían las sendas de Europa en incesante viaje: así, el flamenco Cornelis Schepper, incansable emisario que llevó las embajadas carolinas a Francia, al norte europeo, a los príncipes alemanes y al Imperio otomano; los funcionarios imperiales Seld, Held, Märklin, que se ocuparon de muchas de las embajadas por territorio alemán. A su hermano Fernando acudieron en

frecuentes misiones muchos nobles españoles o flamencos; así a su tía Margarita o a su hermana María, consecutivas gobernadoras de los Países Bajos.

La Diplomacia carolina se nutrió en buena parte de las filas de la nobleza. Algunos de sus embajadores eran aristócratas españoles, como Alba, Sessa, Aguilar de Campoo, Cifuentes, Alburquerque, Tendilla; se repiten los apellidos de ilustres linajes castellanos como Mendoza, Toledo, Vega, Zúñiga, Suárez de Figueroa, Enríquez, Fajardo, Lasso, Manrique; o aragoneses como Borja, Moncada. Otros eran nobles flamencos como Praet o La Roche o La Chaulx, Berghes, Lalaing, Rye. Una distinguida familia del Franco Condado, los Perrenot, se encumbró gracias al servicio en tareas diplomáticas de uno de sus miembros: Nicolás, embajador y luego secretario del Emperador. Tres de sus hijos (Antonio, Tomás y Jerónimo) y dos cuñados (Bonvalot y Saint-Mauris) ejercieron misiones diplomáticas, y el mayor de ellos, luego cardenal, sería ministro de Felipe II.

Otros fueron incluso príncipes del Imperio alemán que ocasionalmente representaron a Carlos V como embajadores; tal es el caso Federico II del Palatinado, Juan de Brandeburgo, Enrique III de Mecklemburgo, Enrique III de Nassau, Hugo XVI de Montfort, amén de otros nobles de grandes familias como Fűstenberg, Herberstein o Truchsess de Waldburg.

Varios fueron eclesiásticos que abandonaron temporalmente sus sedes episcopales para ejercer misiones en el exterior, como Bernardino de Mesa, Jan de Weeze o los cardenales Lang o Schinner.

Casos se dieron de ilustres miembros de la Diplomacia carolina que, sin proceder de los territorios patrimoniales del Emperador, se habían adscrito al servicio de éste, en el que precisamente cumplieron un papel excepcional; paradigmático es el caso del piamontés Mercurino de Gattinara, canciller del Emperador e inspirador de buena parte de su ideario político, e importantísima fue la misión de un saboyano, Eustace Chapuys, que durante muchos años ocupó el puesto de embajador de Carlos V en Inglaterra, donde conoció los arduos y aciagos días del divorcio de Enrique VIII con Catalina, tía del Emperador.

Estos hombres cumplieron las instrucciones del Emperador en todas las Cortes de Europa colaborando con fidelidad, entereza y constancia en la puesta en práctica de las miras internacionales de Carlos V. Aquellos hombres, independientemente de su lugar de origen, debían ocuparse de trenzar los hilos de la compleja política imperial: la rivalidad con Francia, la presencia en suelo italiano, las treguas con el Turco, la discordia protestante en Alemania, las cambiantes relaciones con Inglaterra, la relación con el Papado (a menudo tensa), los tratos ultramarinos con Portugal, los lazos familiares en el seno de la dinastía, los problemas ya del Mediterráneo, ya del mar del Norte... De todo ello se ocupaba la Diplomacia carolina, que funcionó como una red bien trabada salvadas las diferencias de origen por un admirable sentimiento de lealtad al soberano.

Las reticencias iniciales de las Cortes castellanas, que habían requerido al aún joven monarca para que nombrase embajadores de sus reinos sólo a

«naturales de ellos», se disiparon luego en aras de una empresa común que reunió a castellanos, navarros, aragoneses, napolitanos, sicilianos, alemanes o flamencos en el servicio diplomático de Carlos V.

A causa de la amplitud territorial de los dominios carolinos y de los viajes del soberano, algunos de aquellos sus embajadores ni siquiera lo conocían personalmente. En vísperas de su viaje a Italia para la coronación, el príncipe de Orange recomendaba al Emperador a su representante en la curia romana, el napolitano Giovanni Antonio Muscetula, de quien ponderaba sus deseos de poder conocer a su amo el Emperador en su próxima venida a Roma.

Aquellos embajadores del Emperador tenían la honrosa distinción de ocupar un puesto preeminente en las Cortes donde se hallaban acreditados. Fuesen un noble castellano, un jurista catalán, un príncipe alemán, un caballero flamenco o un clérigo napolitano, ante todo representaban al Emperador romano-germánico y tenían el privilegio de una indiscutida precedencia ante los demás embajadores. Para los españoles, que en las décadas anteriores habían tenido que disputar, con dispar fortuna, ese puesto a los embajadores franceses, una tal «doble representación», española e imperial, les suponía una honra y un alivio. Durante el reinado de Carlos V nadie pudo discutirles su posición preponderante.

Estos aquellos hombres, en lugares tan distantes como la Europa del norte y el Mediterráneo, París o Estambul, Londres, Viena, Roma o Lisboa, los objetivos del ideario político de Carlos V, defendieron con energía y lealtad no menores que las de sus hombres de guerra o sus marinos peleando contra los franceses en Provenza, contra los turcos en el Peloponeso o contra los berberiscos en Argel o Túnez.

Los ideales de Carlos V eran los mismos, sólo que su plasmación demandaba unas veces la habilidad diplomática del saboyano Chapuys en Inglaterra, del flamenco Veltwyck en Turquía, de Nicolás Perrenot en Francia, de Luis de Sarmiento en Portugal o de Juan de Vega en Roma, y otras la aguerrida energía militar de los marqueses de Pescara o del Vasto en las guerras de Italia, o de Andrea Doria con sus galeras en el Mediterráneo. La unidad de acción de los hombres de Carlos V y la diversidad de sus orígenes, así como la variedad de escenario en que actuaron, son la característica permanente de su política, ubicua y de largo alcance.

Por lo demás, no debe desconocerse otro carácter de aquellas gentes, congruente con la época. En los años del tardío Renacimiento, plétórico de cultura, los diplomáticos carolinos se dejaron contagiar por el espíritu renacentista, andariegos por las rutas de aquella Europa cuyas Cortes ejercían prósperos mecenas, y donde se erigían palacios y se realizaban obras de pintura, escultura y orfebrería que hoy pueblan los museos dando testimonio del tiempo en que surgieron. Paradigma de lo dicho fue don Diego Hurtado de Mendoza, embajador que fue del emperador Carlos V en Roma, Venecia y en el Concilio de Trento. Don Diego, aparte de entusiasta paladín de las ideas internacionales de su soberano y enérgico asesor de éste, era un distinguido erudito y cultivador de las Musas. Poeta fino, amante de las lenguas de la anti-

güedad (hebreo, griego y latín) y coleccionista de obras de arte y de libros, su riquísima biblioteca pasó luego a integrar la de El Escorial.

Otros de aquellos hombres pertenecieron a la élite intelectual de la época, es decir, al amplio círculo del erasmismo. El propio Erasmo, súbdito del Emperador, ostentó el cargo de consejero imperial y cerca anduvo una vez de ser nombrado miembro de una misión diplomática de Carlos V en Roma. Muchos seguidores del autor de *Elogio de la locura* fueron embajadores de Carlos V, y de filiación erasmista eran hombres de la primera época oriundos de Borgoña, como Chièvres y Le Sauvage o Busleiden; pero también personajes posteriores como Schepper, Theirnsecke o el español Alfonso de Valdés, consejero del Emperador y activo hacedor de su política exterior. También simpatizó con el erasmismo Miguel Mai, un catalán que ofició de embajador ante la Santa Sede.

Todos ellos trataron de poner por obra los principios y objetivos de la política exterior de Carlos V, los cuales fueron:

- La permanente rivalidad con Francia, plasmada en las continuas guerras que jalonaron el reinado y que requirieron también la participación de la Diplomacia en la negociación de las sucesivas treguas, acuerdos y tratados de paz como los de Madrid, Cambray, Niza, Vaucelles.
- La defensa de la Catolicidad frente a la aparición de la Reforma luterana en Alemania, en lo que Carlos V no dejó nunca de considerarse como el soberano del sacro imperio, el «advocatus Ecclesiae», así como el heredero de los Reyes Católicos de España. Ello requirió controversia, enfrentamiento, lucha armada, que culminó en la victoria de Mühlberg, pero también esfuerzos de negociación y de entendimiento, que Carlos V habría querido encauzar en el plan universal del Concilio, y que también vivieron momentos de tratos entre católicos y protestantes en Alemania, encomendados en parte a gestiones diplomáticas.
- La defensa frente a la amenaza del Imperio otomano, que se concretó no sólo en empresas militares en Viena, Argel, Túnez, el Peloponeso o el mar Mediterráneo, sino también en negociaciones y tratos que ocuparon a los enviados del Emperador tanto en Europa para concertar alianzas con los monarcas cristianos como en la propia Corte del Sultán para acordar treguas o paces.
- Las intensas, y a veces también tensas, relaciones con la Santa Sede, a la que Carlos V solió encontrar más remisa de lo esperable a la hora de secundar su política europea. En la curia romana se sucedieron brillantes embajadores carolinos, bien para buscar el apoyo papal en su enfrentamiento con Francia, bien para urdir proyectos de cruzada anti-turca, bien para fomentar la idea de un concilio ecuménico que sometiese a debate la escisión protestante.
- El mantenimiento de la amistad con Portugal, afianzada tras el enlace del Emperador con la infanta portuguesa Isabel. La alianza peninsular y la solución de controversias ultramarinas dieron motivo a embajadas y negociaciones provechosas.

- La difícil relación con Inglaterra, a la que Carlos V deseó conservar en su juego de alianzas europeas, lo que se vio estorbado por el divorcio de Enrique VIII de su esposa Catalina, tía del emperador, y por la política confesional del monarca inglés. Al final de su reinado, el Emperador aún tuvo ocasión de ver el éxito de la negociación diplomática que condujo al matrimonio de su hijo el príncipe Felipe con la reina de Inglaterra, María Tudor.
- El fomento de la unidad dinástica, el auge de la Casa de Austria, proyecto muy caro al Emperador y que éste cimentó también mediante el mantenimiento de una red de enviados entre sus parientes: a su hermano Fernando, a su tía Margarita y a su hermana María, gobernadoras de los Países Bajos en su nombre; a sus hijas Juana y María en España; a su hermana Catalina en Portugal y a su sobrina Cristina en Milán y en Lorena.

En todos esos planos en los que se desarrolló la política exterior de Carlos V, la Diplomacia cumplió un papel muy activo y útil desempeñado por personajes como los aquí reseñados. Su acción constituyó un instrumento muy válido en la elaboración y consecución de los propósitos cesáreos.

La Diplomacia de Felipe II

Entre los legados que Don Felipe recibió de su padre, el Emperador, se hallaba, pues, junto a sus vastos reinos y territorios, también los instrumentos para defenderlos, sea mediante un aparato militar considerable, sea mediante un elemento de negociación y representación internacional muy desarrollado: la Diplomacia. Por el contrario, el otro elemento básico del Estado, la Hacienda, se encontraba como es sabido en circunstancias muy precarias.

Ahora bien, si Felipe II heredó una Diplomacia bien organizada, servida por hombres muy fieles y experimentados de los que Don Felipe sacó enseguida el mejor provecho (véanse, por ejemplo, Thomas Perrenot de Granvelle, Gómez Suárez de Figueroa, Garcilaso de la Vega y tantos otros), ha de preguntarse inicialmente qué es lo que, de la Diplomacia de Carlos V, a simple vista, se *mantiene* y qué no en la Diplomacia de su hijo.

La ideología del Emperador fue íntegramente traspasada al ideario de su hijo. Bien podría decirse que sus dogmas políticos fueron los mismos y que Don Felipe fue un devotísimo seguidor de las pautas marcadas por su padre. Ello implica, pues, que se mantengan las líneas firmes de la política exterior; es decir: la rivalidad con Francia, la firmeza ante el Papado, la armonía en la Casa de Austria, la dureza frente a la herejía y la obligada dicotomía cruzada/tregua en las relaciones con el Turco. Se mantuvo también la política matrimonial y se obtuvo el principal fruto de los enlaces: la integración de Portugal. También, negativamente, se mantuvo el conflictivo trato con Inglaterra; Carlos como Felipe hubieran querido seguir la pauta de Fernando el Católico, que propugnó y en buena parte consiguió la alianza inglesa; pese a los buenos comienzos, la unión se convirtió en desarmonía y finalmente en abierta y belicosa enemistad.

En líneas generales, se mantuvo asimismo la precedencia de los embajadores. Algunos habían servido ya a la Diplomacia carolina, otros se habían educado en sus principios políticos. Ello se muestra en nombres como los ya citados, Thomas Perrenot, Señor de Chantonnay, embajador en Francia y en el Imperio, Suárez de Figueroa, conde, luego duque de Feria, en Inglaterra. De las grandes familias que habían servido a Carlos V parten no pocos de los embajadores de su hijo: Francisco Hurtado de Mendoza, conde de Monteagudo, embajador en el Imperio; Garcilaso de la Vega o el marqués de Sarriá o Francisco de Vargas o el duque de Sessa, embajadores en la Santa Sede.

Junto con los títulos de la nobleza española (Medinaceli, Luna, Osuna, Medina de Rioseco, Nájera, Navas, Vélez) hállanse también los de la italiana (Terranova, Pescara, Gonzaga, Anguissola) o flamenca o borgoñona (Granvelle, Arenberg, Croy, Berlaymont, Glajon, Tassis, Assonleville). La multinacionalidad, pues, que fue característica espectacular de la Diplomacia de Carlos V, no desaparece, sino que se mantiene, aunque en menor medida, en la de Don Felipe. Incluso cobra en éste nuevos caracteres en una época de su reinado: mientras fue rey de Inglaterra, en unión de su segunda esposa, María Tudor, los embajadores que representaron a ambos fueron tanto españoles como ingleses: ahí aparecen en la Diplomacia de Don Felipe nombres como los de Thirlby, Carne, Clinton, Vannes, Mason, Montague o Wotton. También la participación de la Iglesia se sigue mostrando en el terreno diplomático, como lo muestra el cardenal Pacheco en Roma, el obispo de L'Aquila en Inglaterra o el canónigo Diego Guzmán de Silva, embajador en Inglaterra, Génova y Venecia. Si en la Diplomacia de Carlos V habían aparecido profusamente miembros de una familia, como fue el caso de los Perrenot, también algunas familias dieron varios miembros a la Diplomacia de Don Felipe, como fue el caso de los Borja: san Francisco fue encargado de una misión de Don Felipe a Portugal y nada menos que tres de sus hijos, Álvaro, Carlos y Juan, fueron sus embajadores. Dos hermanos, Luis de Requesens y Juan de Zúñiga, lo representaron con brillantez consecutivamente en Roma.

Se mantuvo también la idea de la *reputación*. El buen nombre, el prestigio europeo de la Casa de Austria fue una constante de los Habsburgo, en buenos y malos momentos. Los embajadores de Don Felipe, como habían hecho los de sus antecesores, cuidaron constantemente y en todas partes de sostener ese prestigio, de enaltecer la autoridad de su amo y de hacerla reconocer por los demás. «No tenga Su Majestad ministro ni embajador ni correspondencia con quien no le honrara como la persona de Su Majestad y su grandeza lo merece», escribió don Luis de Requesens, embajador en Roma, en 1564. Esa actitud, no pocas veces altanera, congruente —es cierto— con la indiscutible posición de predominio real de su monarca en Europa, produjo a veces —incluso a menudo— roces y conflictos, como los protagonizados por Requesens o el conde de Olivares en Roma, o Bernardino de Mendoza en Londres y París.

Precisamente el principal de ellos tiene su origen en un aspecto de la Diplomacia de Felipe II que radica en aquello que *no se mantiene*, comparán-

dola con la de su predecesor. Fue un hecho histórico de considerable importancia. Arriba se mencionó el rasgo de la *doble representación*, aludida al tratar del carácter imperial de Carlos, que con ello confería a sus embajadores en todas las Cortes europeas el indiscutido privilegio de la precedencia. Ese carácter no pudo heredarlo Don Felipe; la dignidad imperial había pasado a ostentarla su tío Fernando, luego su primo Maximiliano II y su sobrino Rodolfo II. A los embajadores de Felipe II, pues, ya no les correspondía arrogarse el derecho a la precedencia sobre los demás. Pues bien, en la medida en que ellos —y su amo— no se avenían a esa pérdida de posición, especialmente en su pugna contra Francia, la Diplomacia de Felipe II adoptó formas de dureza y de polémica que la llevaron a crear escenarios diplomáticos de duro enfrentamiento personal entre los diplomáticos españoles y los franceses, como especialmente en el Concilio de Trento y en Roma. La pugna por la precedencia fue un duro y constante conflicto que aquejó por entonces los anales diplomáticos de España.

La dureza fue efectivamente un carácter propio de la Diplomacia de Don Felipe. Algunos de sus embajadores la ejercieron con particular energía; así, el conde de Olivares en sus proverbiales enfrentamientos con el papa Sixto V, don Francés de Álava en el París de los Valois, don Gerau de Spes en Londres o, especialmente, don Bernardino de Mendoza en la hostil Inglaterra isabelina primero y en la Francia de las guerras de religión después. Un historiador ha empleado, como título de una biografía de don Bernardino, precisamente el binomio «Diplomacia y Dogmatismo», que podría aplicarse a muchos episodios o personajes de la política exterior de Felipe II (8).

Fue en buena parte la época, más que el personaje. Pero, despojado Don Felipe del hábito de dureza e inaccesibilidad de que lo revistió una historiografía o exagerada o maliciosa, ¿cómo era este hombre con los diplomáticos?

Cabría seguramente señalar un rasgo aparentemente poco esperado. Don Felipe, al que aquejaba cierta timidez en la resolución directa, era por ello más afable que resolutivo en su trato con los embajadores. Así como su padre no rehuyó el diálogo inmediato con los representantes extranjeros, Don Felipe, que con razón tenía fama de ser muy amable con los embajadores, solía darles sus respuestas más tarde o a través de los embajadores propios; algún historiador (Kamen) incluso ha interpretado los deseos de ir al campo a descansar al Pardo o a la Fresneda como un deseo de rehuir a los embajadores extranjeros. Precisamente Don Felipe eludió las entrevistas con otros monarcas, en las que abunda el reinado de su padre. A Bayona mandó a su esposa Isabel de Valois a que se viese con su madre y con su hermano Carlos IX de Francia. Incluso a verse con su tan vecino sobrino portugués Don Sebastián fue sólo a regañadientes. Es harto posible, por lo demás, que no le faltase razón.

Lo que rehuía de contacto directo, lo concentraba en la documentación. Felipe II ha pasado con razón a la posteridad como un «Rey papalista» (lo fue también su nieto Felipe IV). «Todo el día está con los papeles», comentó un

(8) JENSEN, De Lamar: *Diplomacy and Dogmatism. Bernardino de Mendoza and the French Catholic League*, Cambridge Mass, Harvard Univ. Press, 1964.

embajador francés, L'Aubespine. Y el mismo Rey, consciente de su hábito, lo señaló así más de una vez a los demás (9). Sus colaboradores lo sufrían (10). Paradigmáticamente el mismo Rey dijo una vez a Ercilla una frase bien elocuente: «Don Alonso, habládme por escrito» (11). El Rey leía todos los papeles; consta una vez ese curioso decreto al margen de una referencia a una carta (sus cartas a los embajadores): «no se me acuerda haber visto ésta y podría ser la hubiesen perdido». En el despacho de los papeles se ha señalado alguna vez muy oportunamente la diferencia entre padre e hijo: Carlos V oía y dictaba; su hijo leía y anotaba (12).

Se ha hecho a Felipe II un reproche en relación con los hombres que empleaba. Dícese que tenía celos de los grandes hombres y que por ello los alejó de sí, mientras que a su lado dejó personas mediocres, cuando no verdaderamente indeseables, como Antonio Pérez. Ello explicaría que emplease fuera a Don Juan de Austria, Alejandro Farnesio y Santa Cruz, y eso afectaría a los embajadores como Requesens, Mendoza, Feria u Olivares. Pero podría retorcerse el argumento diciendo que mandaba a las mejores gentes a los puestos de gravedad que las requerían (Roma, Lepanto, Bruselas, Londres, París...) porque del quehacer de su Corte respondía él mismo (13). Además, no se olvide que a Madrid trajo precisamente desde fuera a don Juan de Idiáquez, uno de sus más valiosos colaboradores y ex embajador en Génova y Venecia; o a Cristóbal de Moura, hombre clave en su Diplomacia con Portugal, o al cardenal Granvela. Inexcusable fue, por lo demás, la presencia en la Diplomacia filipina de algunos privados tan significativos como el duque de Alba o el príncipe de Éboli, protagonistas de tantos sucesos de la política del Monarca. Algún caso se dio de embajador que, por acompañar a una empresa guerrera al Rey ante el que estaba acreditado, cayese en cautiverio y por poco no perdiese la vida; tal fue la peripecia de don Juan de Silva, que acompañó al rey Sebastián a la desastrosa campaña de África, culminada en la derrota de Alcazarquivir.

Una novedad de la Diplomacia de Don Felipe venía también dada por las innovaciones de su tiempo. Los descubrimientos habían agrandado el mundo conocido. El rey de España (lo era también de Portugal) podía mandar ya, desde las islas Filipinas o desde Goa, emisarios a imperios remotos como los de China o Japón. Quienes ejercían la Diplomacia en aquellas lejanas tierras no eran magnates castellanos o flamencos como en las Cortes europeas, sino

(9) «Son dadas las diez y no he cenado y quedame la mesa llena de papeles para mañana, pues ya no puedo más agora», escribe en 1578. «Todo el día he estado en responder a unos papeles» (1584).

(10) «No hay ningún secretario en el mundo que emplee más papel que S.M.», decía el cardenal Granvela.

(11) Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 6150, f. 115. KAMEN, Henry: *Felipe de España*. Siglo XXI de España Editores, S.A. 7.ª ed. Madrid, 1997, p. 235.

(12) FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: *Corpus documental de Carlos V*. Salamanca, vol. IV, p. 27.

(13) Ya Braudel señaló oportunamente que cuando mandó a gentes a cometidos externos no fue movido por los celos, sino por consideraciones objetivas; así, Manuel Filiberto hacia París tras San Quintín en 1557, o Farnesio a la campaña de Francia en 1591.

modestos frailes, que aparte de su labor misionera, sabían revestirse del carácter de embajadores de su soberano. Así comparecieron ante el belicoso Hideyoshi en su Corte nipona de Nagoya, le ofrecían y a su vez recibían presentes y proponían alianzas. Y acababan dramáticamente sacrificando sus vidas a la persecución religiosa, como mártires; así san Pedro Bautista o fray Juan Cobo, ejemplos exóticos en el quehacer de las embajadas.

La Diplomacia de un monarca que tuvo, como su padre, dominios vastísimos y que ejerció un indiscutible predominio, podía fácilmente ser tachada de domeñadora, autoritaria y sojuzgadora de pueblos, en la línea del virgiliano «*parcere subiectis et debellare superbos*». Sin embargo, no fue tal su inclinación, sino la de mantener sus Estados y —eso sí— defender su con razón tenida por altísima prerrogativa universal, especialmente en el orden religioso-político propio de la incipiente Contrarreforma. En sus instrucciones a los embajadores destaca más bien la búsqueda de un provechoso equilibrio más que la victoria dudosa: de ahí también, como consecuencia negativa, el reproche de no haber sacado fruto de sus grandes triunfos (San Quintín, Lepanto, asedio de París). En su honor también dígase que, en sus instrucciones, eludió elegantemente un arma política frecuentemente aborrecible: la propaganda. Le propusieron un librito de propaganda en 1593 en Francia. Respondió: «En lo del escrito no hay que tratar de ello, porque para los buenos las obras bastan y a los demás no hay para qué darles ocasión de réplica». Como hombre dogmático, fiaba demasiado de la verdad, que, como para todo dogmático, era naturalmente *su* verdad. Lo que sí buscó su Diplomacia, y ello por especial encargo suyo, amén de por propia convicción de los hombres que lo servían, era el prestigio de sus empresas. Cuando, en la citada contienda por la precedencia, los embajadores, ofendidos, se retiraron de sus puestos (Vargas en Venecia, Requesens en Roma), o cuando discutían con el propio pontífice como Olivares lo hacían explícitamente, porque anunciaban que no cederían a nadie el puesto que correspondía a su Rey. Estaban —desde luego—ellos y su rey persuadidos de la justicia de su intransigencia: «sería muy gran vergüenza aflojar en nada», escribía desde Roma Requesens al secretario Erasmo.

A un político evidentemente dogmático como Don Felipe, parece que debería ser difícil elogiarle un carácter muy propio de la Diplomacia: el pragmatismo. Sin embargo, nadie negará que Felipe II dio al final de su reinado prueba de saber acomodarse a la fortuna con práctica sensatez. Perdida la batalla en Francia, instaurado en aquel trono su más duro rival, el hugonote oportunamente hecho católico Enrique de Bearn, le había llegado a Felipe II la hora de reconciliarse con el destino.

Tanto él como su padre, el Emperador, conocieron al fin, después de victorias y triunfos, de alegrías y sinsabores, la hora de la resignación. Fue la victoria sobre sí mismo, en buena concepción clásica y barroca. Para Carlos V, fueron las abdicaciones de 1556. Para Felipe II, la hora de la paz con Francia, en Vervins, en el que sería además el año de su muerte: 1598.

En ese momento, Felipe II adoptó las necesarias resoluciones: dejó el gobierno de los Países Bajos a su hija Isabel Clara Eugenia y al marido de

ésta, Alberto de Austria, y se avino a la paz con Francia. Fue efectivamente un triunfo del pragmatismo. Para Enrique IV de Francia el precio del pragmatismo fue una misa; para Felipe II, la renuncia a las postreras empresas. El premio fue la paz, obtenida por los habituales cauces de la Diplomacia.

El mérito de la Diplomacia

Hecho un análisis del papel desempeñado por la Diplomacia a lo largo del siglo XVI, una época tan significativa y valiosa en la historia de España, se muestra que fue un importante ingrediente de los grandes acontecimientos internacionales, en que el siglo fue tan fecundo.

Si las armas y las letras fueron por entonces compañeras del imperio, lo propio puede afirmarse de la Diplomacia. Sus principales logros y aspiraciones se pueden concretar así: la Diplomacia preparó el predominio español en Europa, desempeñó un gran papel en mantenerlo, buscó más el equilibrio que el imperialismo, y fue pragmática en su ejercicio. Sirvió en tales tareas a monarcas verdaderamente excepcionales, los más grandes de la historia de España, que supieron valerse de ella e impulsaron sus acciones: Fernando el Católico, Carlos I y Felipe II.

Del primero han quedado los testimonios de sus lúcidas instrucciones a los embajadores, que no sólo fueron inspiración de su actividad en el exterior, sino también revelación del rumbo que había seguidamente de adoptar la política española bajo el sucesor de la Corona. «Después de mis días mi heredero será buen pujante para defender lo suyo», escribió Don Fernando, en 1511, en previsora premonición su embajador Jerónimo de Vich. La correspondencia con sus embajadores y con su consuegro, el emperador Maximiliano, en los años decisivos que preceden a su muerte, y la entronización de su nieto Carlos, son una clara exposición de sus ideas acerca del futuro de España (14). Deseaba Don Fernando dejar a su nieto «el camino despedregado», como escribió en carta a su nieto Don Juan de Aragón.

El nieto luego utilizó las lecciones diplomáticas de Don Fernando y las dotó además del universalismo que fue la característica más señalada y visible de su reinado. A su vez dejó a su hijo Felipe II abiertas las rutas para una política exterior española que asegurara su papel preponderante en las relaciones internacionales del XVI, siglo brillante y fecundo donde los haya en la historia de España.

(14) Correspondencia publicada por DOUSSINAGUE, José M.ª: *Fernando el Católico y el Cisma de Pisa*. Espasa Calpe, Madrid, 1946, y *El testamento político de Fernando el Católico*, CSIC, s.f., Madrid.